

## CAPÍTULO IX

---

El motín del 18 de julio.—El general Pacheco y Obes asume la responsabilidad en la iniciativa y consecuencias del motín.—Actitud de Gómez.—Funda “El Orden” y el partido conservador.

La poca perspicacia de los que influían en el Presidente, y no le aconsejaron que desistiese de la parada del 18 de julio, dió pretexto a un conflicto sangriento que fácilmente se habría evitado, al menos en la forma que tomó, desistiendo de que la Guardia Nacional formase, ya que no se optara por que quedasen todos los cuerpos en los cuarteles.

La Guardia Nacional se consideraba por su composición, y especialmente por su oficialidad, adicta de corazón a la mayoría de la Asamblea que, sin invocar, precisamente, la conveniencia del cintillo, venía, sin embargo, enardecido la política partidista; y mil chismes de esos que la pasión descarriada origina y agranda, daban a la presencia de la Guardia Nacional en la plaza pública, un propósito hostil a la tropa de línea.

Pero todos estos antecedentes produjeron el movimiento revolucionario, que no hay el derecho de considerar como un motín encabezado por un jefe de cuerpo procediendo de su propia cuenta, desde que el general Melchor Pacheco y Obes ha hecho la historia de los sucesos del 18 de julio y ha confesado su iniciativa en el movimiento militar y ha asumido la responsabilidad de su estallido y de sus consecuencias.

De la carta del general Pacheco y Obes al general Rivera escrita el 25 de julio de 1853, tomo los siguientes párrafos que no dejan lugar a duda, de que el motín del 18 de julio no fué un acto aislado de la exclusiva responsabilidad del comandante don León de Palleja, jefe del 2.º de Cazadores.

Habla el general Pacheco y Obes:

“Yo me resistía a admitir como remedio un movimiento armado. Si llegué a pensar en él fué cuando tuve el convencimiento de que el Presidente de la República descendía a ser hombre de partido.”

“Fué entonces que, como lo he indicado, opiné por una revolución como el único medio de salvarnos.”

“Aceptando como medio de salvación el empleo de la fuerza, quise explorar la opinión de la campaña, para ver si podíamos tentar ese medio. Los datos que adquirí me dieron la convicción de que podíamos apelar a las armas, no sólo con la certidumbre del triunfo sino también de evitar la guerra civil.”

“Me abrí entonces con los amigos y tuve muy luego a mi disposición la fuerza de línea.”

“Lejos de hacer concesiones, el Gobierno quería la lucha. Ciertamente de no contar con el Ejército, había organizado la Guardia Nacional, preparándola a todo costo, no obstante la extremada penuria del erario.”

“Dispersada completamente la Guardia Nacional, yo llegué a la plaza y me encontré con la noticia de que el batallón 1.º de línea se había pronunciado por el Gobierno. Creí entonces perdido al 2.º, y me coloqué a su frente para correr la suerte de mis compañeros. Un momento después toda la guarnición se había pronunciado, y el Presidente tuvo que consentir en encargarme del orden público.”

“Redujéronse nuestras pretensiones al nombramiento de dos Ministros colorados, lo que rehusó el Presidente, sin embargo de decirle yo que sin eso me vería en la precisión de atacar a la Unión, dando principio a la guerra civil.

“La resistencia del Presidente tenía por base la convicción en que estaba de que todo el país iba a armarse para aniquilarnos; pero pronto empezaron los desengaños. La Unión fué tomada sin tirar un tiro, entregando las armas los que en las azoteas se habían puesto en defensa.

“Desde que tomé el mando del movimiento, me había ocupado de poner en armas a nuestros amigos, y eso con tal suceso que a las nueve de la noche, sin haber tomado a nadie, disponía de mil cuatrocientos infantes y trescientos caballos. En dos días más esté usted cierto que habría tenido tres mil hombres.

“A las nueve de la noche, empero, se había obtenido que el Presidente nombrase como Ministros al coronel Flores y al doctor Herrera y Obes.

“Consultado sobre esos nombramientos *los acepté*, como condición de paz, y todo ha vuelto a entrar en el orden acostumbrado, quedando para el partido blanco una terrible lección, pues que no ha podido reunir quinientos hombres ni aún apelando a la violencia y a la calumnia.”

En todo este movimiento revolucionario, no era Juan Carlos Gómez de los amigos con que dice el general Pacheco y Obes que contó para prepararlo y conducirlo a término.

Por el contrario, para honor de su nombre el doctor Gómez ha dejado constancia de su opinión sobre el vituperable suceso. En “El Orden” del 26 de julio de 1853 se leen estas líneas:

“En el desgraciado conflicto del 18, ¿quiénes se pre-

sentaron al Presidente de la República a ofrecerle su concurso para salvar a la autoridad constitucional de una calamidad que no habían provocado, que habían tratado de evitar hasta el último momento con todo género de ruegos y de súplicas, quiénes, sino los hombres del partido conservador?

“En la tribuna, en las crisis, en todas partes, el partido conservador ha sido lógico. Uno de los puntos de su programa es robustecer la autoridad constitucional del Poder Ejecutivo; otro, establecer la sucesión electoral de los Presidentes.”

Estas manifestaciones del doctor Gómez, fueron robustecidas veintiséis años más tarde con una declaración condenatoria del motín del 18 de julio, arrancada ocasionalmente por una protesta de don Antonio Díaz, a propósito de un juicio que sobre su obra histórica hiciera de paso el doctor Gómez, en su polémica de 1879 con don Alejandro Magariños Cervantes.

En el curso de esa controversia dijo el doctor Gómez:

“Pueden ustedes escribir más volúmenes que Antonio Díaz para adulterar la Historia, y no conseguirán suprimir el hecho de la incorporación proclamada por la Asamblea de la Florida, el mismo día de la declaración, que ustedes llaman, de la independencia.”

Ante la opinión del doctor Gómez, que por punto general comparten todos los lectores imparciales de la obra del señor Díaz, éste se indignó, publicando una carta descomedida contra quien se atrevía a poner en duda la veracidad de sus afirmaciones.

A la terrible acometida, como era lógico, no quiso el doctor Gómez darle importancia alguna, recordando, sin duda, sus propias palabras cuando dijo:

“Detesto la polémica; no la busco, ni la acepto, cuando me la provocan; la eludo siempre, con una respuesta de simple cortesía, o con el silencio, cuando éste es la mejor respuesta a las impertinencias.”

En esta oportunidad estuvo el doctor Gómez de buen talante, por lo que, en vez de dar la callada por respuesta, dirigió, en cambio, al señor Díaz la siguiente carta llena de cortesía y de conceptos exageradamente favorables al destinatario:

“Señor Antonio Díaz: Para contestar debidamente su carta, necesitaría repasar los doce volúmenes de su historia, y narrar las inexactitudes y falsas apreciaciones que notaba mentalmente cuando la leía.

“Me falta tiempo y humor para esa empresa.

“Por ejemplo: Conservador convencido yo, enemigo de revueltas, de caudillos, de motines y soldadescas, en 1853 hice de mi casa un centro de trabajos por la paz, en cuyo obsequio *llegué hasta ponerme el 18 de julio, a las órdenes de Giró para combatir el motín triunfante de compañeros políticos míos.*

“En su historia hace usted de mi casa, un club de jacobinos, y de mí, un revoltoso y conspirador incurable.

“¿Qué quiere usted que le diga?

“Me callé, respetando su derecho de escribir.

“Calle usted a su vez, respetando mi derecho de opinar sobre su historia.

“Pienso que mi opinión no puede hacerle el mal que usted cree, porque ni soy, ni nadie me reconoce competencia en materia de crítica histórica. Lo lamentaría, y puede usted estar seguro, que ha estado muy lejos de mí la idea de perjudicarlo, suponiendo, como era natural, que al salir a la escena, usted entendía someterse al derecho del público, de silbar o de aplaudir.

“La historia es cosa sagrada: no debe llegarse a las puertas de su templo sin un alma purificada por la pasión de la verdad, y preparada con el más severo examen de conciencia sobre los hechos y sus menores circunstancias. Una de las dos cosas ha faltado a usted, en mi humilde concepto.

“Reconozco, sin embargo, que hay en su libro, labor, voluntad de ser imparcial, dón de exposición, y corrección de estilo. Puede usted, pues, escribir buena historia, y no dude usted que no seré de los últimos en el aplauso.

“Muy atento y SS.

“*Juan Carlos Gómez.*

“Mayo de 1879.”

El señor Díaz no acertó a comprender el significado de esta carta de exquisita urbanidad y de exagerado encomio, y replicó en forma inconveniente, que sólo mereció el significativo silencio del doctor Gómez. Poco tiempo después, empero, don Antonio se hizo un buen amigo del doctor Gómez, y en prueba de su adhesión a algunas de las ideas del maestro, le dedicó el folleto intitulado “El General don José Artigas”, y que dió a luz en Buenos Aires el año 1880, suscripto por “Un viejo oriental”.

La actitud del doctor Gómez ante el motín del 18 de julio era la consecuencia de las ideas que había él venido sosteniendo en el seno de la Cámara de Representantes, y propagó después en el diario “El Orden”, que empezó a escribir a los ocho días de producido el motín que condenó en los términos severos que muchos años más tarde ratificó por medio de la prensa según la transcripción que acaba de leerse.

Los artículos de “El Orden” tienen, en su mayor parte, el carácter de lecciones de moral política, por la elevación de las ideas en ellos emitidas y la forma moderada con que las presentaba en días de agitación, en que la tormenta rugía por todas partes y el ardor de los partidos atemorizaba al país con las más desoladoras perspectivas.

Al comenzar sus tareas en el nuevo órgano de publicidad, decía Gómez: “Si los partidos políticos volviesen hoy, por desgracia, a la lucha armada, ellos tomarían de nuevo sus antiguas divisas de guerra y conservarían sus conocidas denominaciones.

“Pero en la paz es un deber despojarnos de la divisa de guerra, y tomar el nombre que simboliza sus creencias, y ha de marcarle una línea de conducta.

“Asegurada la paz por mucho tiempo, y lo creemos sinceramente, porque contamos con que la opinión ha de pronunciarse enérgica desde que una publicidad vigilante ponga en transparencia todos los pasos, todos los manejos que puedan comprometerla; asegurada la paz, decíamos, el partido de que este periódico es el órgano, da el bello ejemplo de adoptar una divisa de paz denominándose partido conservador.

“Cumpliendo con un deber de franqueza, el partido conservador comienza por declarar que tiene por antecedentes los principios, las ideas y los intereses sostenidos en la defensa del país contra la agresión de don Juan Manuel de Rosas.

“Pero si sus antecedentes están en esa defensa del país contra la agresión del dictador argentino, ellos no excluyen la cooperación de los ciudadanos que aceptando la modificación que le dan las circunstancias, quieran cooperar a trabajar en el seno del partido por la realización de sus esperanzas.

“El programa de paz del partido conservador ha sido formulado antes de ahora cuando, seducido por la ilusión generosa de una vasta fusión, quiso fundar bajo la denominación de “Sociedad de Amigos del País”, lo que ahora establece: un partido interesado en la paz, en el orden, en la conciliación de los orientales, y en la tolerancia para con todas las opiniones”.

Siguiendo las líneas de este programa, escribió Gómez “El Orden”, con un patriotismo tan seguro y un

criterio tan práctico, que no se hallará en ningún otro periodista de su tiempo, ni en los que escribieron en la prensa periódica después de sus días.

La designación de partido conservador, que él dió a la nueva agrupación que fundaba, era, a no dudarlo, la antinomia de los principios invocados para justificar esa denominación; pues si quería echar los cimientos de un partido de paz, ¿a qué buscarle antecedentes en una época de guerra? ¿a qué remontarse a Rosas y sus agresiones, cuando éstas y aquél habían desaparecido para siempre del Río de la Plata?

Se comprende que no queriendo levantar resistencias con la divisa de Rivera, cambiase el nombre a un partido cuyos principios, si fueron buenos, había bastardeado la prepotencia de ese caudillo rebelde y funesto; mas para conservar principios y reglas de conducta, no era la inspiración desesperada de una época de guerra la que debería presidir las deliberaciones tranquilas de los ciudadanos en una época de paz. Se comprende, pues, que un hombre de la elevación moral de Gómez, repugnase toda commisión con designaciones que tuviesen un origen tan impuro como el que el gauchaje encarnaba en Rivera, máxime cuando este incurable revoltoso y militar inepto para el mando superior, había puesto el sello definitivo a sus deficiencias de soldado, haciéndose derrotar miserablemente por falta de aptitudes en Arroyo Grande y en India Muerta, coronando su vida de caudillo intrigante y oficioso, con la traición al Gobierno de la Defensa, iniciando en Maldonado vergonzosos acomodamientos personales con Oribe y entregándose a rapiñas y otros delitos que le valieron el destierro a Río de Janeiro, decretado por el Gobierno con cuyos destinos estaba jugando indignamente.

La repudiación de los crímenes y sempiterna anarquía del caudillaje, era un deber en hombre como Gó-

mez; pero creo que si en vez de haber hecho referencia en su programa a una situación de guerra que ya había pasado, se hubiera limitado a llamar partido conservador al suyo, sin referencia a contiendas terminadas, acaso la vida del nuevo partido no hubiera sido efímera. No era del caso, para rechazar las intromisiones del caudillaje, hacer referencia a una situación que lo había anulado por completo: bastaba un programa con la base fundamental de la libertad y del derecho, para garantizar la soberanía popular especialmente; y con esto, en forma implícita pero enérgica, se combatían las prepotencias personales, enemigas, por la fuerza de las cosas, de esa soberanía popular alma de los pueblos civilizados, que los déspotas europeos y los caudillos y régulos latino-americanos persiguen y aniquilan, determinando los últimos el desdén general por los Gobiernos o, más bien dicho, desgobiernos que en el Nuevo Continente desacreditan las instituciones democráticas.

Trazado su programa, el doctor Gómez lo siguió con fidelidad. Eran tan conciliatorias a la sazón sus ideas, que en el segundo número de su periódico hacía la declaración de que entraban en dicho programa los principios de la "Sociedad Amigos del País", que había patrocinado en noviembre de 1852, y para el efecto los reproducía textualmente.

Sabido es que lo primero que decían los miembros de la "Sociedad de Amigos del País", de cuyas conclusiones ya he dado cuenta en otra parte de este trabajo, era "dejar a la historia y a la opinión el juicio de lo que fué, así respecto de los sucesos como de los hombres, no reconociendo más juez que la historia para decidir de qué parte había estado el error político, ni más juez que la opinión para juzgar los extravíos individuales".

Y como política de moderación y cordura en el mo-

mento histórico en que actuaba, tomaba por base de su propaganda el pacto de octubre de 1851, de que no había “vencedores ni vencidos”, para excluir del Gobierno nacido de ese pacto, la política funesta de partido.

Dentro de este fin pugnaba por que se utilizasen los hombres de importancia, cualquiera que fuese su filiación.

“ Los partidos, decía, se pierden casi siempre por la intolerancia, por el exclusivismo, por las prevenciones contra las personas, por el antagonismo individual, pobre y estéril.

“ En los países nuevos, donde son más escasos los hombres, cerrarle las puertas del poder a los que van, a los que son un poder real en la sociedad, un elemento de fuerza para los Gobiernos, colocados en su verdadero puesto, es, cuando menos, una imprevisión, una pérdida de fuerza, que aplicada a la acción gubernativa la robustecería extraordinariamente.

“ No más prevenciones personales, siempre odiosas. Pongamos a cada hombre de valer en el carril de la marcha gubernativa. Pretender anularlo es proponerse lo imposible. No hay poder humano que pueda hacer que no valga lo que vale ”.

A su vez, para los caudillos promotores de todas nuestras desgracias tenía estas frases aceradas: “ Gritando ¡*Libertad!*, los caudillos han pisoteado las instituciones de los pueblos, las garantías de los ciudadanos, y hasta la dignidad del hombre ”.

Sin desviarse de su programa siguió escribiendo “ El Orden ” hasta que el Presidente de la República, señor Giró, hizo abandono de su cargo asilándose en la Legación Francesa. Desde este momento, Gómez, el escritor de nota, se convierte en hombre de Gobierno. El estadista no desmerecerá del elocuente tribuno.